



Diarios

Alejandra Pizarnik
Barcelona, Lumen, 2003

Con la publicación, en noviembre de 2003, de los *Diarios* de Alejandra Pizarnik, la editorial Lumen ha conseguido reunir la obra literaria de la escritora argentina. Esta cuidadosa recopilación consta de tres volúmenes de cuya edición se ha encargado Ana Becciu: *Poesía Completa* (2000), en el que se recoge la obra poética publicada en vida de Alejandra Pizarnik, así como poemas póstumos y otros no editados hasta la fecha; *Prosa Completa* (2002), que agrupa sus relatos, artículos, ensayos y la pieza teatral *Los perturbados entre lilas*; finalmente, los *Diarios* (2003), testimonio íntimo de una “vida de escritora”. Los tres magnifican la labor y el esfuerzo editorial por dar a conocer y conservar el legado de una de las voces femeninas más ricas e influyentes de nuestra literatura, la voz por excelencia acompañada de su séquito de voces.

Con tres heridas yo

La búsqueda y configuración de la identidad individual, así como la obsesión por alcanzar un lenguaje capaz de traducir con exactitud la equivalencia entre significante y significado, ha constituido uno de los ejes, si no el principal, de la obra poética y prosística de Alejandra Pizarnik. Sus palabras son un desfiladero de soledad, carencia y pérdida, acentuadas por la presencia de la muerte con el fin de revalorizar y afirmar el sentido de la vida, pues esto es lo que en ellas se reclama: una vida construida a imagen y semejanza del universo nombrado, de tal manera que si se dice *amor* se comprueba la existencia de ese amor hasta en la muerte, y si se dice *sed* jamás se tocará el vaso que se alza. Por un lado, los límites del lenguaje desvelan la imposibilidad de nombrar todo lo que existe; por otra parte, el mundo concebido por Pizarnik no siempre se corresponde con el mundo que habita el exterior, con lo cual tampoco existe, excepto en su manera de concebirlo. Esta frontera insalvable acaba dificultando la comunicación con los demás y aislando inevitablemente al sujeto discursivo. Su voz, en consecuencia, se mueve en muchas ocasiones en la esfera de la aproximación, en el terreno de los sustitutos, y eso era algo que Pizarnik no sabía ni quería perdonar, ya que lo que se aprecia, lo que en verdad se estima, no puede sustituirse ni mucho menos reemplazarse. Las palabras ya no harán más el amor, harán la ausencia, como decía en uno de sus últimos poemas.

Sin embargo, la poeta no se va con las manos vacías, en ellas se albergan la devoción y el compromiso que adquirió con su oficio de escritora, cuando escribir, tal y como ella lo entendía, significaba transgredir y transgredirse. Los *Diarios* de Alejandra Pizarnik se construyen desde la posición de la mujer que escribe, siendo ésta la única posición en la que se reconoce: “Y aún ahora me parece absurda la vida de casi todas las mujeres de mi edad: amar o esperar el amor, cristalizado en un hogar, hijos, etc. Es más, todo me parece absurdo: tener un empleo, estudiar, ir a reuniones, etc. Siempre he sentido que yo estaba designada o señalada para una vida excepcional”.

Esta vida excepcional es la que se registra en los diarios, un recorrido íntimo, intenso, a lo largo de diecisiete años en constante conflicto con el mundo, consigo misma y con su escritura. Vida y recorrido que tienen como protagonista a una Alejandra ubicada en el Buenos Aires de los años 50 y 60, en París en los primeros años de la década de los 60 y, tras su regreso a la Argentina, en la ciudad del Plata hasta el año 1971. Es mi propósito, al utilizar el término protagonista, considerar a Alejandra Pizarnik como personaje (ficticio) y no como persona (real), pues, en primer lugar, nos acercamos a los *Diarios* como texto literario, y, en segundo lugar –quizás el más significativo–, los *Diarios* responden al deseo, por parte de su autora, de escribir una novela, una extensa obra en prosa estructurada en torno a los siguientes conceptos: la angustia, el amor y la elección de captar el mundo o rechazarlo. En la entrada correspondiente al 16 de mayo de 1958, escribe: “Del diario de Du Bos respecto de una definición de Dostoievski: ‘un ser que durante toda su vida no vive, sino que no cesa de imaginarse a sí mismo’. He aquí Alejandra”. Dos años después, el 15 de diciembre de 1960, expresa con palabras semejantes: “[...] la atracción de los personajes literarios, seres absolutos, es decir, que llevan el amor o el odio detenidos en ellos. (Así fui yo cuatro años, así me viví cuatro años). Cuatro años en los que me imaginé y me soñé, en que me vivía como otra”.

Así pues, podemos interpretar que la otra, el doble, es un doble imaginado distinto del yo real, y que la vida que se vive es una vida literaria, la vida correspondiente al personaje que se desea ser. Sin embargo, la línea apasionada y violenta que marca la frontera entre lo ficticio y lo real, esa delgada línea roja, oscila entre los dos ámbitos mixturando rasgos específicos de uno y otro, de manera que el yo real participa del personaje y éste, recíprocamente, se nutre de la experiencia del yo real. Es evidente que los datos y referencias a familiares y amigos, e incluso las observaciones detalladas de las obras de sus escritores y escritoras preferidos, se deben entender como pertenecientes al sujeto histórico Alejandra Pizarnik. No obstante, y precisamente por la presencia de los temas mencionados anteriormente, así como por el tono con el que se tratan en los *Diarios*, la cercanía con la “alejandra” en minúsculas de la poesía es tan estrecha que hace pensar en una prolongación de esa misma voz. Voz que se ampara bajo las dimensiones de una prosa cuidada en la

que se persiguen dos metas elementales: la continuidad y la perfección formal del lenguaje.

Por lo que respecta a la primera, la continuidad está asociada a la permanencia del sujeto discursivo en este mundo. Al igual que Scherezade, Pizarnik escribe para no morir: "llenaré el fracaso de mi vida con la belleza de mi obra", pronuncia, al tiempo que asegura que no morirá hasta que no lleve a cabo "el proyecto" o el "plan literario", es decir, la creación de su novela. La continuidad del ser garantiza, pues, la continuidad de los diarios, el trabajo de escritura, con lo cual estos textos suponen, además, un espacio o taller íntimo, un lugar de estrecha convivencia entre la escritora y su proceso creativo. De aquí se desprende la incidencia que tiene este aspecto sobre la perfección del lenguaje. Cuanto más se escriba y más se lea mejor será este lenguaje, entendiéndose por mejor la capacidad de expresar correctamente esa vida interior que fluye palabra por palabra al respaldo de la belleza estética o formal. Pizarnik, huérfana de una lengua propia, utiliza las fuentes literarias no sólo contemporáneas, sino también de las autoras y autores clásicos para calmar su sed de lenguaje. Sus lecturas pasan por San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Garcilaso, Quevedo, Góngora, Calderón y Cervantes, entre otros. Sin embargo, su prosa es breve y concisa, como ella misma se lamenta, en su sintaxis sólo tienen cabida la conjunción coordinada "y" así como el "que" subordinado. Al adentrarnos en el universo de los *Diarios* comprendemos que esa queja carece de fundamento: frente al discurso que ofrece la tradición, Pizarnik ha encontrado su propio lenguaje, su propio discurso. La complejidad de la prosa se sacrifica a favor del concepto, del peso con el que la palabra, desnuda y desnuda, se adhiere a la memoria despertando su acepción más auténtica. En este proceso de despojo positivo y constructivo, aprehendida la lengua, el sujeto discursivo dice "yo soy":

Y pensó en sí misma y halló solamente confusión. Pero aun así sabía que era necesario escribir porque sólo ella podría dar testimonio de algunas cosas por las que vivía. Aun cuando escribiera sobre los ruidos nocturnos, los vagidos de las cosas a medianoche y la tristeza de su ser intacto y no obstante definitivamente deteriorado, ella sabía que tenía que escribirlo. Por eso aun mirando desde una alcantarilla, le sobrevinía una leve alegría, porque la más desposeída tenía algo que hacer: contar un cuento sin historia y sin explicar por qué su herida mana desde que se recuerda. Es todo lo que sabe. No es mucho. Pero es todo lo que sabe. (p. 293)

En ese breve texto, correspondiente al 1 de diciembre de 1962, se resume el viaje interior recogido en los *Diarios*, una historia sin historia o la historia de una desposesión, una carencia de fuego, del fuego que alimenta la casa del corazón y que es el elemento imprescindible para la vida. A falta

Diarios

de la mano que atice la hoguera, el acto de escribir eleva su llama y la pequeña trovadora de ojos verdes se dispone a cantar, sale a escena después de haber estado preparándose. El canto transmite todo el esfuerzo dedicado a ese momento de gloria que supone recitar, escribir, y en el que ha quedado sin remedio parte de su ser, o tal vez todo. Por eso, en algún rincón, alguien todavía pide; ese ser intacto, incompleto o inexplorado reclama su iluminación: es preciso dejar la medianoche y salir de las tinieblas, aunque es tarde, es noche y nada pasa. *Canta, lastimada mía*. Los *Diarios* de Alejandra Pizarnik, diarios de escritora y de escritura, portan el emblema de las tres heridas: la del amor, la de la muerte y la de la vida.

SUSANA DÍAZ NIÑEZ
Universidad de Vigo